

Las luces del amor y la caridad divina sean como el faro que sostiene la esperanza, sean dando, otorgando a cada uno de vosotros esa senda bendita y clarificada como el mapa y la orientación en ese Vía Crucis por donde vais atravesando ahora, por donde contempláis a cada lado del camino tanta necesidad o tantas injurias también, cuando se acerca esa maldad, esa codicia que a cual más desatada ciertamente causa tanto dolor a diestra y siniestra y lleva por doquier la sensación de soledad a unos, que lleva unida la desesperanza, la que distrae las mentes, las conciencias haciéndoles transitar en esos caminos entre los cuales el más propicio para algunos es el de la indiferencia, el alejamiento de cuanto pueda pensarse que les ocurre a otros pero de lo que en tanto se esté a salvo en lo personal no importa tanto o por lo menos no debe preocuparles y es así como se va tendiendo esa estela de terrible indiferencia hacia ese extremo donde la mente ocupa sus mayores y mejores posibilidades y energías en la satisfacción de todos esos rubros que intervienen en el bienestar material del ser humano, pero no contribuyen en absoluto al mejoramiento de esa condición que es inherente aun cuando no se aprecie, de la capacidad de sentir con verdadera sensación humana lo que contribuye a su mejoramiento, lo que en verdad llevara a cultivar esa semilla prodigiosa que de virtudes en embrión depositara vuestro PADRE y SEÑOR en cada uno, antes de que empezara a revestirse de esa cubierta que sólo consta de los oropeles, que sólo es entusiasta cuando se trata de proporcionarnos bienes materiales, pero que impide, olvida y suele dejar con en la tierra árida perdida, olvidada, abandonada esa semilla que nació perfecta pero que ahora luce medio podrida y a cual más desperdiciada, la que se trató de cultivar inútilmente, que se deseaba que rindiera sus mejores frutos pero se dejó perder en los caminos por donde se va, pero nunca se sabe si al fin se podrá retornar y si se regrese a tiempo de retomar ese cultivo antes de darlo por perdido enteramente y si vosotros ahora que ya tenéis en vuestras manos el azadón, las herramientas de labranza, no aprovecháis esa oportunidad de lograr esa excelencia de cultivo, veréis que el tiempo pasa cada vez más de prisa para otros, pero ya no podréis a vuestra vez aprovecharlo en cumplir con ese mandato, esa enseñanza que se os dió a raudales con el objeto de ser esa hermosa semilla germinada dando ese fruto que llenara a otros y les diere, compartiere y convidase de esa miel, de esa paz y de ese cobijo que invita a seguir por el camino de mi Padre, el que lleva a sus hermosos campos de labranza en donde ya se ha hecho germinar y ha fructificado de todo aquello que en la bonanza existe, de esa paz con la que hace coexistir con la bienaventuranza al que aprende y sabe acatar de esos principios. Os hago asimismo esta breve semblanza de lo que tenéis una vez más como la disyuntiva a precisar en ella y entonces retomar ese camino en el que cada vez más se va acrecentando la necesidad y la decisión de atender de todo ese cúmulo de situaciones venideras en las que debéis traer más ya a la mano todos esos instrumentos de labranza; tendéis hacia la lucha ciertamente, pero vuestro puesto en las huestes del SEÑOR no tiene armas, sólo las del amor y la templanza con las que a semejanza del RE- DENTOR seáis laborando hasta alcanzar de aquello prometido que es vuestra entrega en respuesta a ese amor y confianza de mi Padre y tendiendo hacia lo más importante de esos cauces, el de la compasión de unos a otros.

FABIAN